

MAR PETRYK

ENTRE *cenizas* ROJAS

ALGUNOS INCENDIOS
COMIENZAN
CON UNA MIRADA

 Planeta

MAR PETRYK

ENTRE
cenizas
ROJAS

ALGUNOS INCENDIOS
COMIENZAN
CON UNA MIRADA



 Planeta

PREFACIO

Prohibido. Esa palabra está entre los dos y nos sonrío con malicia. Sé que no debo. Sé que no tengo derecho, que estoy siendo egoísta e incoherente. Pero ¿cuándo fue coherente lo que siento? ¿Cuándo fuimos algo más que un puñado de sueños ilícitos y fuego en la piel?

Hay una tormenta en sus ojos. Es la certeza de todo lo que podríamos ser y no seremos.

—Por favor.

—Por favor, ¿qué? —Su voz es dominada por el odio. No es así como quiero recordarla.

La maleta a su lado me tortura. Me grita que soy un cobarde. Hace que me replantee si estoy haciendo lo correcto.

—Déjame pasar, Nate. Es tarde, voy a perder mi tren.

No puedo moverme de la puerta de su habitación, esa donde tantas veces jugamos con inocencia. La misma que, con los años, se volvió un refugio para esto que nunca debimos sentir.

«Déjala volar».

Me permito el capricho y toco aquella piel que no merezco. Acaricio sus mejillas, borro la humedad de los recuerdos.

—Vive, Caramelo. Haz locuras, pero no tantas. No desperdicies ni un solo segundo. Ni una sola oportunidad.

Me sostiene la mirada, es un huracán. Y arrasa. Arrasa con todo a su paso, conmigo y mi cobarde corazón.

—Púdrete, Walker.

Un empujón y sale de mi vida. No. No sale, la empujo.

Arrastra el equipaje por la escalera. Esos pasos que se alejan son mi sentencia.

«Felicidades, hiciste lo correcto. ¿Por qué no se siente bien?».

La culpa y el honor son veneno en la sangre. Lo siento comiéndome. Prometiéndome un suplicio lento. Y lo merezco.

Hay dos cajas sobre el escritorio, se supone que subí por ellas. Trago la angustia y me acerco, pero una libreta forrada en terciopelo verde me detiene. La conozco bien, se la regalé un verano cuando bajamos a la playa mientras su familia aún dormía. La vio en un puesto de artesanías y se enamoró como yo de su sonrisa.

La levanto de esa esquina donde está tirada, olvidada con demasiado empeño. La abro sabiendo que no debo, que ya no tengo derecho. Aunque una vez fui la única persona a quien le permitió leerla, meterse en su cabeza, intentar descifrar su corazón.

La última página está manchada de café y lágrimas, la tinta es reciente.

“El miedo te roba el oxígeno, las sonrisas y las oportunidades. El miedo te roba los besos que podrían haberte cambiado la vida. El miedo destruye tu canción favorita. El miedo se vence cuando le sonríes a la cara. Cuando saltas al vacío confiando en tus alas”.

«Confía en tus alas, Caramelo. Vamos, salta».

Ahogo los recuerdos. O ellos me ahogan a mí.

—¡Nate! ¡Las malditas cajas! ¡Vamos a llegar tarde!

Vincent, mi mejor amigo, me apura sin saber que lo último que quiero es ver cómo el baúl del auto de su padre se cierra. Cómo se aleja. Tampoco sabe que hice el amor con su hermana y que estoy luchando para arrancármela de la piel.

PRIMERA PARTE

Entre culpa y honor



NATHAN

Ahora

El fuego lo consume todo, la casa arde hasta los cimientos. La siento en la sangre, la adrenalina susurrando que soy invencible.

Chris, mi hermano menor y colega, recibe a la anciana. Los paramédicos la asisten de inmediato mientras el escuadrón se desvive por combatir el incendio.

—¿Queda alguien?!

La mujer canosa mira con ojos brillosos su hogar en llamas.

—Oliver. ¡Por Dios, Oliver! Mi perrito... ¡Es sordo! Lo operaron de la cadera, no camina. ¡Por Dios! No podrá salir. Sácalo, hijo. — La angustia astilla su voz—. Por favor, sácalo. Te lo ruego. Es todo lo que tengo.

Observo la construcción, las llamas lamen las paredes humildes.

—Va a derrumbarse —susurro.

El llanto desesperado de la anciana me pone los pelos de punta.

«Piensa rápido. ¿Es posible? ¿Cuántos minutos tienes?».

—¡Oliver!

Chris corre hacia la casa.

Mi corazón se detiene.

—¡Chris!

Los gritos no lo frenan.

—¡Christopher, detente! ¡Es una puta orden!

Mi hermano me ignora, avanza. Es más rápido que yo.

—¡Va a derrumbarse! ¡Olvídate del perro!

Se pierde entre las llamas.

—¡Chris! —Un fogonazo me hace retroceder, me aferro al marco de la puerta—. ¡Christopher, tienes que salir ya mismo! ¡No durará ni un minuto más!

El tiempo se ralentiza, agudiza mis sentidos.

El crepitar. El calor. El olor. Mis cuerdas vocales desgarrándose.

Rojo. Todo es rojo.

—¡Capitán, tiene que alejarse! ¡Se viene abajo!

—Chris. —Lucho contra los brazos que me apresan, me arrastran. Me alejan—. ¡Chris! —Empujo con los codos hasta que me libero de mis hombres—. ¡Chris!

Corro hacia lo que queda de la casa. Los gritos y demás sonidos desaparecen, solo escucho mi respiración laboriosa.

Christopher se abre paso entre las llamas. Entre sus brazos lleva al animal envuelto en una manta.

Vuelvo a respirar; las agujas del reloj, a girar.

Todo regresa de golpe: los gritos, las órdenes, el llanto y el murmullo de las flamas.

Mi hermano le entrega el perro a su dueña, que lo abraza mientras sostiene una máscara de oxígeno.

El derrumbe me paraliza.

Segundos. Veintitrés segundos más y estaría muerto.

Cegado. Así voy a su encuentro y lo estampo contra el camión.

—¡¿Qué mierda crees que estás haciendo?! —Mis dedos se aferran a su traje, lo zamarreo antes de acercarlo a mi rostro. Nariz con nariz—. Te di una orden, Walker. Te di una puta orden y desobedeciste.

—Tenía tiempo, Nate. No soy un suicida, supe que podía conseguirlo. No iba a colapsar, no todavía.

Perdí el control de mi respiración, tiemblo como un animal herido.

—Veintitrés segundos. Veintitrés malditos segundos te separaron de la muerte.

—Nate...

—Estás suspendido. Una semana. Ni se te ocurra pisar el cuartel.



La furia y el mal humor me acompañan el resto del día, solo se disipan cuando la veo. Allí está, radiante, joven, llena de sueños. Prohibida. Inalcanzable.

—Nate, hijo, ¿cómo estás? —Arthur, el padre de Vincent, me tapa la visión de su hija para recibirme con un fuerte abrazo—. Hace días que no te veíamos, ya estaba comenzando a preocuparme.

—¡Nate! —Norah sujeta mis mejillas, me observa en busca de lesiones—. Vi en las noticias el incendio en la casa de aquella pobre mujer, qué desastre. ¿Estás bien?

—Estoy bien, no se preocupen. Solo fueron unos días intensos, pero aquí estoy.

—¿Comiste hoy? La mesa está llena, pero te prepararé tu plato favorito si me esperas veinte minutos.

—¿A él le vas a hacer su plato favorito y a mí no? —Vincent aparece detrás de su madre—. ¿Cuándo me van a decir que soy adoptado y él es el hijo legítimo?

—¡Vincent! —Norah lo reprende, pero le besa la mejilla antes de volver al salón.

Le doy un abrazo al agente especial más temerario del país, que hoy se muestra menos reticente al cariño.

—Hueles a carne chamuscada, Walker.

—No mientas, me bañé y me puse lindo para ti. ¿Cómo estás?

—Misma pregunta, diferente día, misma respuesta.

La puta presión vuelve a mi pecho.

—Un paso a la vez, hermano. Un paso a la vez.

—El problema es que no quiero caminar.

Se aleja y se sienta junto a la elegante mesa que pusieron sus padres, pero no se lleva la angustia que dejó en mi garganta. Desde que perdió a su esposa e hija hay una pregunta que no deja de atormentarme: ¿Qué se hace cuando no puedes ayudar a quien amas? ¿Te sientas a ver cómo se marchita? ¿Te marchitas con él?

Me acerco a la cumpleañera, que está en el sofá con sus dos amigos de siempre, Ava y Alex, pero me paralizó cuando un tipo alto y delgado cruza el salón para sentarse a su lado. Pasa el brazo por los hombros de Zoe, le susurra algo al oído, y el castillo de mentiras y negación donde vivo se sacude.

Zoe me ve. No salta sobre mí como lo hacía hace algunos años, ni siquiera se acerca. Ya no es un caramelo dulce, ahora es ácido.

—Felices veintitrés, Caramelo.

Agarra su regalo, lo abre con prolijidad como siempre. Sin apuro. Sus ojos me buscan.

—Nate... Esto...

Observa el disco de vinilo de The Platters que escuchamos una y otra vez sobre la alfombra de mi *living*. Desnudos.

—Es demasiado especial para ti, es...

—Por eso quiero que lo tengas. Sé cuánto te gusta. Disfrútalo.

Le sonrío al vinilo de mi padre, lo único que conservo de él. Lo único que el fuego me dejó.

—Gracias.

El tipo a su lado nos observa con interés.

—Creo que no nos conocemos. —Se levanta y me tiende la mano—. Soy Dannie.

Me aferro a la racionalidad, intento comportarme como un adulto.

—Nathan Walker. —Acepto el apretón.

Me inspecciona con sus ojos oscuros.

—¿Eres primo o tío de Zoe?

—¿Tío? Apenas le llevo siete años y sus padres están en la sexta década.

Dannie no entiende el tono agresivo de mi comentario. Ojalá pudiera decir que yo tampoco.

—Es el mejor amigo de Vincent desde que son pequeños —Zoe interviene mirándome fijo—. Es familia. Un hermano más.

Sus palabras —las mías— son un puñal envenenado.

—Así que creciste con dos guardaespaldas.

Nadie se ríe de su chiste. Ni siquiera los mellizos, Ava y Alex, que se ríen de todo y en los peores momentos.

—¡Está la cena! ¡Todo el mundo a la mesa!

El aroma prometedor hace que ninguno quiera esperar.

Zoe mira cómo sus amigos elogian las manos mágicas de su madre para la cocina.

Se levanta. Su metro sesenta me hace temblar, a pesar de que ni siquiera me llega al pecho.

—Gracias, Walker —repite, abrazada al vinilo—. Siempre das los mejores regalos.

Esa frase guarda un recuerdo que solo vive entre los dos. Un recuerdo que hoy me destruye.

Se aleja, dejándome entre las cuerdas. Me toma unos segundos recuperarme, inhalar profundo y dibujarme esa sonrisa arrogante que me mantiene a salvo.

Cruzo el salón hacia la enorme mesa, me detengo junto a mi lugar. Ese que ahora ocupa Dannie. Llevo toda mi vida usando esa silla, ese lugar junto a Zoe. Siempre, desde que fue lo suficientemente grande para sentarse a la mesa, me senté a su lado.

—Nate, cielo, siéntate aquí por hoy. —Norah palmea el asiento vacío a su lado, entre ella y Vincent.

La cena transcurre con un clima cálido, como siempre en casa de los Hamilton. Es imposible que no te sientas bienvenido y a gusto aquí.

—¿Le cortas las pelotas tú o lo hago yo? —Vincent susurra mientras le pone sal por tercera vez a su comida.

—¿Hace mucho que es su... amigo?

—Es la primera vez que lo veo o escucho hablar sobre él. Tenemos una víctima nueva.

—No le arruines la noche a tu hermana —pido, muy a mi pesar—. Es adulta, déjala en paz.

—¿Perdón? ¿Los años te están ablandando? Llevamos una vida espantándole las moscas.

—Quizás este no sea una mosca. Dale una oportunidad.

—No te reconozco, Walker.

«Ni yo».

Mastico otro bocado de carne asada sin saborearla. No puedo dejar de mirarlos.

Dannie tiene toda su atención. Y duele. Quema. Y sé que tengo que estar feliz por ella. Lo estoy. Solo que... Solo que no sé qué. Pero está ahí, asfixiándome mientras los observo.

Norah aprieta con suavidad mi pierna.

—No seas tan obvio, cielo.

Me atraganto. Monto una escena. Toso y bebo con desesperación. Todos los ojos están puestos en mí.

Me disculpo y salgo al jardín. Me refugio en el invernadero que Norah cuida con esmero.

«No seas tan obvio, cielo».

Inhalo profundo.

Esta noche es el infierno en la Tierra. Y recién empieza.